

ocurrencias á fines de febrero y principios de marzo, previó todas las sensaciones que produciría su carta en San Petersburgo, y todos los proyectos más ó menos quiméricos, todas las esperanzas más ó menos exageradas á que abriría camino; pero bien sabía que con la invasión inmediata de Finlandia y con admitir una discusión franca sobre la repartición del imperio turco, podía alimentar por muchos meses la imaginación del pueblo ruso y de su soberano, y que entretanto podría dar rienda suelta á sus proyectos en el Occidente. No es cierto, como podría creerse por lo que antecede, que se hubiese propuesto engañar completamente á la Rusia, y que no quisiese otorgarle á ningún precio concesión alguna en Oriente. Sabía que abandonando la Valaquia y la Moldavia, y aun la Moldavia solamente, dejaría satisfecho al zar, y pagaría su deuda á la ambición rusa, permitiéndose lo que quisiera en Occidente la ambición francesa: tenía, pues, en todo caso expedito este recurso para realizar las esperanzas que había hecho concebir al emperador Alejandro; pero si no se extendía á más, si se holgaba en cierto modo de dar aquel pábulo á la viva imaginación de su nuevo aliado, era porque también la suya sondeaba el porvenir más hondamente que todos sus contemporáneos. Desde la caída de Selim, los turcos parecían tocar al término de su existencia, y Napoleón dudaba sobre si convendría acabar con aquellas ruinas siempre amenazadoras; estimulado además por su lucha marítima con la Inglaterra, dudaba también sobre si sería llegado el momento de apoderarse de todas las riberas del Mediterráneo, y de aprovechar la abnegación momentánea que inspiraba á la Rusia para dirigir un ejército hacia la India por el continente repartido del Asia. Estos proyectos, aunque quiméricos á los ojos de una generación como la nuestra reducida á tan mediocres proporciones, no pueden ser juzgados desde nuestro actual punto de vista. Hay que tener en cuenta que el hombre que se forjaba aquellas ilusiones podía hacer y deshacer tronos á su capricho, y decidir con una sola palabra de las grandes monarquías de Europa; pues aunque en nuestra opinión se equivocase, no debemos lisonjearnos de poder medir exactamente la extensión de su error con nuestras actuales ideas, porque al hacerlo así, tan fácilmente como se engañó su grandeza podría nuestra pequeñez engañarse. Colocado en la cumbre de la omnipotencia, entregado á una fermentación de ideas continua, juzgaba ser necesario examinar todas esas cuestiones; y aunque temiese su solución tanto como su aliada la deseaba, no le engañaba al sujetarlas á discusión, porque en la inmensidad de sus miras se hallaba á veces enteramente dispuesto á resolverlas.

De todos modos, impelido ya el emperador Alejandro hacia la Finlandia y ocupado en discutir la partición del imperio turco, juzgó Napoleón que tenía suficiente tiempo de sobra, y se resolvió á ejecutar por fin el proyecto en que se había fijado relativamente á España.

Ya hemos visto cuál era este proyecto: reducíase á aumentar progresivamente el terror de la corte de España hasta disponerla á huir, como lo había hecho con la casa de Braganza. Valióse al efecto de los medios más astutos, y empleó en aquellas circunstancias su genio de una manera que nunca debíamos cansarnos de

deplorar. Estaban todas las tropas dispuestas. El general Dupont ocupaba la carretera de Valladolid con veinticinco mil hombres, y con una división sobre Segovia que iba dirigida á Madrid. El mariscal Moncey se hallaba entre Burgos y Aranda, en el camino recto de Madrid, con treinta mil. El general Duhesme marchaba sobre Barcelona con siete ú ocho mil, la mayor parte italianos, y marchaban á reunírsele cinco mil franceses procedentes del Piamonte y la Provenza. Una división de tres mil hombres se encaminaba por San Juan de Pie de Puerto á Pamplona; otra, compuesta de los cuartos batallones de las cinco legiones de reserva, iba á reforzarla; y por último, organizábanse una reserva de infantería en Orleáns y otra de caballería en Poitiers. Venían á juntarse entre todos unos ochenta mil hombres, todos mozos aún no fogeados, pero bien mandados y llenos del espíritu bélico que animaba en aquella época á nuestros ejércitos.

Había que dar á estas fuerzas un jefe, y eligió Napoleón uno muy poco discreto para una misión política de tanta importancia, si bien le puso en disposición de no poder cometer indiscreciones. Era Murat, que estaba siempre quejoso de no ser más que gran duque, é impaciente por llegar á ser rey en cualquier parte, y que había asistido á las campañas de Italia, de Austria, de Prusia y de Polonia, contribuyendo á levantar tronos en Nápoles, Florencia, Milán, el Haya, Cassel y Varsovia, sin que le tocara ocupar ninguno. Teníale más que todo inconsolable el no haberse sentado en el de Polonia, y deseaba con ansia una guerra que le abriese nuevas probabilidades de reinar. La península, donde se hallaba vacante á la sazón el trono de Portugal y donde vacilaba el de España, era el país de sus ilusiones, como en otros tiempos Méjico y el Perú para los españoles aventureros. Aunque Murat era bueno y generoso, su desmedida ansia de reinar le haría atropellar por cualquier medio, aunque fuese algo reprobado, si era menester apresurar la caída del malhadado Carlos IV, y aun en tal caso sólo pecaría por demasiado celo. Sin embargo (como lo atestiguaron las circunstancias que vamos á referir), era hombre de más inteligencia y despejo de la que vulgarmente se ha creído, y como tal era capaz de guardar la mayor discreción y reserva cuando mediaba un gran interés de ambición. Como dijimos más arriba, había con toda prevención anudado relaciones particulares con Godoy: relaciones que éste había buscado con igual solicitud, por tener ambos una mutua esperanza de poderse servir para el logro de sus deseos, aunque ambos se engañaban, porque ni Godoy estaba en posición de dar un rey á la España, ni Murat en la de suministrar una idea á Napoleón. Enviar á Murat á España era, pues, como convidarle á un festejo; pero como Napoleón quería aterrorizar á la familia reinante enviando tropas numerosas y observando el mayor secreto sobre sus verdaderas intenciones, echó mano de su cuñado según el proyecto que había adoptado. Túvole á su lado en Italia y en París sin decirle una sola palabra de su proyecto en España, precisamente cuando éste más le ocupaba. El día 20 de febrero, sin haberle dicho nada de la comisión á que le destinaba, encargó al ministro de la Guerra que le hiciese partir aquella misma noche á Bayona, encargándole el mando de las tropas que iban á entrar en España. Debía llegar Murat

el 26 y encontrar allí sus instrucciones, que eran las siguientes: Tomar el mando general de los cuerpos del Girona y del Océano, de la división de los Pirineos occidentales y de todas las tropas que habían de penetrar en España más adelante; hallarse á principios de marzo en Burgos, donde estarían los destacamentos de la guardia imperial; situar su cuartel general en medio del cuerpo del mariscal Moncey, es decir, en el mismo Burgos; avanzar con este cuerpo hacia el camino de Madrid por Aranda y Somosierra, y dirigir el del general Dupont por Segovia y el Escorial; apoderarse para el 15 de marzo de los dos puertos del Guadarrama; reunir seiscientos mil raciones de galleta, fabricadas ya en Bayona, de modo que las tropas tuviesen víveres para quince días en caso de tener que hacer alguna marcha forzada; esperar para cualquier movimiento ulterior órdenes de París; ocupar inmediatamente la ciudadela de Pamplona, los fuertes de Barcelona y la plaza de San Sebastián; alegar á los comandantes españoles, como única razón de esta ocupación, la regla observada en la guerra de asegurarse las espaldas al avanzar, aun en país amigo; tener todas las tropas bien reunidas según se acostumbraba á hacer al aproximarse al enemigo; cuidar mucho de que las pagas estuviesen siempre al corriente, para que teniendo dinero los soldados no se viesen en la tentación de vivir sin pagar, y hacer fusilar al primer italiano que robase (por la desconfianza que debían inspirar los napolitanos en Cataluña); no buscar ni aceptar comunicaciones con la corte de España sin expresa orden; no responder á carta ninguna del príncipe de la Paz; decir, en caso de tener que dar forzosamente alguna respuesta, que las tropas francesas entraban en España con un objeto que sólo Napoleón sabía, aunque seguramente beneficioso á la causa de la España y de la Francia; dejar escapar vagamente los nombres de Cádiz y Gibraltar, sin asegurar nada de positivo; anunciar particularmente á las Provincias Vascongadas que, á pesar de cualquier suceso, serían mantenidos sus fueros; publicar al llegar á Burgos una orden del día encargando á las tropas la más rigurosa disciplina, el trato más fraternal para con el generoso pueblo español, amigo y aliado del francés; no mezclar nunca á ninguna de estas protestas de amistad más nombre que el del pueblo español y no mentar para nada ni al rey Carlos IV ni á su gobierno bajo ningún concepto.

Tales fueron en resumen las instrucciones dirigidas á Murat el 20 de febrero, confirmadas y desarrolladas en los días siguientes por medio de órdenes posteriores. Púsose á su lado al general Belliard como jefe de estado mayor y al general Grouchy como comandante de su caballería. Encargóse al general Lariboissiere la dirección de la artillería del ejército, y se le mandó que de todos los depósitos del arma situados en el Oeste y Mediodía enviase hacia Bayona municiones considerables, y principalmente útiles y máquinas con que poder volar las puertas de cualquier ciudad ó fortaleza. Como los transportes se verificaban en España á lomo, se enviaron inmediatamente órdenes á Bayona para que se comprasen hasta quinientas mulas de las mejores que hubiese, haciendo que el ministro del Tesoro público Mr. Mollién situase en Bayona varios millones de francos en numerario, y dos en oro, para atender á todos

los gastos del ejército y pagarlos en dinero contante. Además se le encargó que formase una tabla comparativa del valor de las monedas francesas y españolas para que publicada en todas las ciudades de España por donde pasasen las tropas, se evitaran choques entre éstas y los habitantes.

A estas instrucciones, dictadas para los cuerpos que entrasen en España, se agregaron otras para el ejército de Portugal. Quería Napoleón no ser en nada gravoso á la España en una empresa en que iba á quedar sacrificada su dinastía. Pero no andaba tan escrupuloso con



Murat

el Portugal, al que podía tratar como país de conquista y aliado de la Inglaterra. Calculando la riqueza de este país, más bien por la de las colonias que por la de la metrópoli, mandó á Junot que le impusiese una contribución de cien millones. Prescribióse la mayor severidad en cualquier tentativa de insurrección, poniéndole como ejemplo las medidas terribles con que había sometido al Cairo en Egipto, y á Pavia y Verona en Italia. Mandóse que disolviese el ejército portugués y enviase á Francia todas las tropas que no pudieran licenciarse. Encargóse especialmente que vigilase á las divisiones españolas que habían tomado parte en la ocupación de Portugal, procurando desviarlas cuanto pudiese de las fronteras de España, dejando en Lisboa el grueso de sus fuerzas, y dos pequeñas divisiones francesas, de cuatro ó cinco mil hombres cada una, una en Almeida para contener á las tropas españolas del general Taranco que ocupaba á Oporto, y otra en Badajoz para marchar en caso necesario sobre Andalucía; que mantuviese esta orden secreta, y, si por casualidad ocurría algún choque entre españoles y franceses, propagase



entre los portugueses el rumor de que toda la causa de la desavenencia era el Portugal, cuya posesión querían los españoles á toda costa.

Por último dió Napoleón sus órdenes á la guardia, previendo que le sería forzoso ir personalmente á España, bien para dirigir la guerra si llegaba á estallar, ó bien para dirigir la política si conseguía poner término á los sucesos de aquel país, como á los de Portugal, con la fuga de la familia real. Envió sucesivamente á Bayona los mamelucos, los polacos, los marinos de la guardia, varios destacamentos de cazadores y granaderos de á caballo, y un regimiento de fusileros, es decir, cerca de tres mil hombres, al mando del valiente Lepic, con orden de hallarse éste á principios de marzo en Burgos, la infantería en la ciudad, y la caballería en el camino de Bayona á Burgos. Estas disposiciones militares no bastaban para lograr completamente el objeto que se proponía Napoleón, y dispuso que, mientras sus tropas avanzasen misteriosamente sobre Madrid, pronunciando sólo para el pueblo español palabras tranquilizadoras, y ninguna para la familia reinante, su diplomacia obrase en el mismo sentido. Pedía sin cesar Mr. de Beauharnais instrucciones para una catástrofe que parecía ya inminente. Solicitaba principalmente permiso para dar algunas muestras de interés á Fernando, con la idea fija de que se iba á derribar al favorito en provecho del príncipe de Asturias y á verificar por medio de un enlace la fusión de las dinastías; y Napoleón, que estaba muy distante de pensar en semejante plan, que se reía muy á menudo de la credulidad de Mr. de Beauharnais, de su poco tino, de su avaricia, y de la importancia que se daba, y que le dejaba en sus ilusiones, porque sacaba á la sazón más partido de un hombre de bien sin talento que de otro cualquiera para que hiciese el papel ridículo de un embajador á quien se le tenía enteramente á obscuras, le envió á decir que observase la más absoluta imparcialidad entre las facciones que dividían á la España, sin demostrar interés particular hacia ninguna; que cuando le hablasen de las intenciones del emperador de los franceses, contestase solamente que estaba muy descontento, sin decir de qué; si de la marcha de los ejércitos franceses, añadiese que probablemente Cádiz y Gibraltar reclamarían una concentración de fuerzas por las muchas que los ingleses aglomeraban en aquellas aguas; pero que era tan indiscreto el gobierno español, que no se le podía confiar el secreto de ninguna operación militar. Bastaban estas instrucciones para el papel que tenía que representar Mr. de Beauharnais; pero empleó Napoleón otro medio más seguro para aterrar á la desgraciada corte de España. Andaba Izquierdo en París pescudándolo siempre todo alrededor de las Tullerías, unas veces asediando al aposentador mayor Duroc, con quien había negociado el tratado de Fontainebleau, otras persiguiendo á Mr. de Talleyrand, principal instigador de toda la trama de España. Viendo que no podía lograr la publicación del referido tratado, se había persuadido de que se buscaba en París otra cosa; que la partición del Portugal no había pasado de ser un arreglo provisional para conseguir la cesión inmediata de la Toscana, y que sin duda se meditaba el derrumbamiento de la misma dinastía. Con su peculiar perspicacia llegó á adivinar, si no los medios, al menos el objeto á que tendía Napoleón; procuró,

estrechando á Mr. de Talleyrand, descubrir si sería posible apaciguar la cólera verdadera ó fingida del conquistador con algunas cuantiosas cesiones territoriales ó comerciales, acompañadas con un casamiento. Monsieur de Talleyrand, que estaba por un proyecto intermedio, oyó á Izquierdo favorablemente, y quizás propuso el plan que quería ensayar el agente de Godoy. Este plan tenía cabalmente mucha analogía con el segundo que dejamos referido. Tratábase en efecto de casar á Fernando con una princesa de Francia, de enseñorearse de las provincias del Ebro, en cambio de la parte de Portugal que quedaba disponible, de abrir á los franceses las colonias españolas, de unir las dos coronas no sólo con un casamiento sino también con un tratado de alianza ofensiva y defensiva, en cuya virtud la paz y la guerra fuesen para ambas comunes, y de dar por fin á Carlos IV el título de emperador de América. Tales eran las ideas que apuntaba Izquierdo, así para sondear los proyectos de la corte de las Tullerías como para provocar una conclusión. Pero de repente mandó Napoleón que se le tratase con la mayor dureza y se le despidiese, como si cansaran ya sus tergiversaciones, y como si se tratara de romper toda especie de vínculos con una corte tan débil como incapaz y artera; en una palabra, que se le amonestase á regresar á Madrid para que propagase allí el terror de que estuviese poseído. Se mandó al aposentador mayor Duroc que escribiese á Izquierdo cuánto le convenía volver inmediatamente á Madrid (1), para disipar la negra nube que se había interpuesto entre las dos cortes. No se le decía qué nube fuera aquella, pero ya sabía Izquierdo á qué atenerse, y bastaba decidirle á partir para causar en la corte de España una agitación después de la cual ya no le sería posible tranquilizarse, y se vería conducida á tomar una resolución definitiva. Aquel mismo día salió Izquierdo de París.

Había que contestar al mismo tiempo á la carta del 5 de febrero, en que Carlos IV lleno de zozobra había suplicado á Napoleón que le tranquilizase con respecto á sus intenciones y al progreso de las tropas francesas hacia Madrid. En dicha carta no hablaba ya Carlos IV del casamiento de su hijo con una sobrina de Napoleón, porque veía que éste afectaba haber echado en olvido su proposición; y Napoleón, como quien busca á toda costa motivo de disputa, en vez de esmerarse en su contestación en disipar los recelos de Carlos IV, se le quejó de que guardase sobre el punto del casamiento un silencio de que él mismo había dado ejemplo. Esta contestación, fechada en 25 de febrero, fué en sumo grado seca y lacónica. Recordaba en ella que el día 18 de noviembre el rey Carlos le había pedido la mano de una princesa de Francia; que él había contestado el día 10 de enero prestando un consentimiento condicional; que el 5 de febrero, escribiéndole de nuevo, no volvía el rey Carlos á mentarle semejante enlace; y añadía que esta última reticencia le ponía en dudas que necesitaba disipar para arreglar ciertos asuntos de la mayor importancia.

Esta nueva carta, que no era otra cosa más que una negativa rotunda á la súplica que alarmado le dirigía el

(1) Esta carta existe en el Louvre, con la fecha de 24 de febrero. (N. del A.)

infeliz Carlos IV, y que, unida á las demás circunstancias de aquel momento, no podía menos de llenarle de espanto, fué presentada por Mr. de Tournón, gentil-hombre del emperador, que había llevado ya á Madrid otra comisión semejante á aquella, y que reunía á su mucho celo un juicio muy recto y un grande amor á la verdad. Llevaba encargo de observar atentamente la marcha y conducta de las tropas francesas y las disposiciones del pueblo español con respecto á ellas, de enterarse bien de lo que ocurría en el Escorial, y de volver después á Burgos hacia el 15 de marzo, para esperar á Napoleón. Éste, en efecto, había calculado que sus órdenes, expedidas del 20 al 25 de febrero, producirían sus consecuencias en España á mediados de marzo y que para esta época sería forzoso hallarse personalmente en Burgos, para sacar de los acontecimientos, siempre fecundos en casos imprevistos, el resultado que deseaba.

Podía, pues, esperarse que la corte de España, tan propensa ya á seguir el ejemplo de la casa de Braganza, no vacilaría ya en huir á Cádiz al ver que el ejército francés avanzaba sobre Madrid, que Mr. de Beauharnais no daba luz ninguna porque nada sabía, y que Izquierdo no pronunciaba más que siniestros agüeros por estar lleno de temores. Sin embargo, aún era posible otra solución, si, á pesar de las repetidas amonestaciones hechas á las tropas francesas para que fraternizasen con el pueblo español, ocurría algún choque imprevisto; en este caso, se supondría que había habido traición de parte de los aliados en cuyos hogares se había entrado amistosamente para llevar á cabo una grande expedición benéfica á las dos potencias coligadas, y la venganza sería destronar á los Borbones de España, lo mismo que se había destronado á los de Nápoles por una traición verdadera ó supuesta. Obrando de este modo, á guisa de conquistador que se cura poco de los medios con tal de lograr sus fines, y confiando en los grandes resultados que se prometía como la regeneración de la España y el restablecimiento de los vínculos naturales de la Francia, para poderse sincerar á los ojos de la posteridad de la sombría maquinación que tramaba contra una corte amiga; creía Napoleón haber dado con el verdadero modo de derribar á los Borbones sin emplear las atroces violencias que, en otros siglos menos humanos que el nuestro, no titubearon en cometer todos los conquistadores. Juzgaba que bastaría imprimir un ligero sacudimiento al trono de España sin precipitar violentamente á Carlos IV, para que este príncipe débil, su criminal esposa y su in noble favorito se resolviesen á abandonarlo para ir á buscar otro á América. Pero este proyecto, imaginado con el objeto de no escandalizar demasiado á la Europa y á la Francia, daba lugar á un inconveniente que había hecho vacilar mucho tiempo á Napoleón antes de adoptarlo.

Impeliendo á la familia reinante á huir, como la de Portugal, al Nuevo Mundo, resultaría inevitable para la España la pérdida de sus colonias, lo mismo que había sucedido al Portugal. Los de Braganza en el Brasil, y los Borbones en Méjico, en el Perú y en las riberas de La Plata, fundarían necesariamente imperios enemigos de sus usurpadas metrópolis, y amigos de los ingleses, los cuales podrían largo tiempo desquitarse de los ma-

les del bloqueo continental con el abastecimiento de aquellas colonias. Verdad era que mirando las cosas más á fondo, y remontándose á un porvenir lejano, podrían contemplarse aquellas colonias emancipadas convertidas en nuevas naciones, y brindando á sus antiguas metrópolis con inmensos productos y medios de cambio, y con ganancias mayores, como sucedía ya entre la Inglaterra y los Estados Unidos; pero ni España ni Portugal podían compararse con la industriosa Inglaterra, ni los americanos del Sur con los norteamericanos; y lo más que podía esperarse en un remoto porvenir era la pérdida de las colonias españolas, y su explotación en beneficio del comercio británico. Así, pues, la fuga de Carlos IV á América, aunque facilitaba notablemente la usurpación, ofrecía grandes y serios inconvenientes en cuanto á la suerte futura de las colonias españolas. Para los mismos españoles no podía menos de ser un motivo grave de pesadumbre, y por lo tanto de descontento y de sedición, y para nuestro comercio un perjuicio proporcionado al beneficio que iba á reportar el comercio del enemigo.

No ignorando Napoleón tan complicados intereses, ideó una nueva combinación mucho más astuta que todas las que acabamos de referir, y cuyo objeto era corregir el único inconveniente del plan que había definitivamente adoptado. Había en Cádiz una excelente división francesa, capaz de dominar su puerto y su rada. Resolvió emplearla en detener á los Borbones en el momento de quererse embarcar, y, después de haberlos ahuyentado por medio del terror desde Aranjuez á Cádiz, apoderarse de ellos en esta misma ciudad, antes que pudieran tomar su rumbo hacia Veracruz protegidos con escolta inglesa. En su consecuencia, el día 21 de febrero mandó para el almirante Rosily un despacho en cifra con orden expresa de ocupar en la rada de Cádiz la posición conveniente para poder interceptar la salida de todo buque, cualquiera que fuese, y de detener á la familia real fugitiva en caso de querer imitar la locura, así decía el despacho, que había hecho la corte de Lisboa (1).

Ciertamente que si se juzgaran estos actos por las reglas de la moral común, que declara sagrada toda propiedad ajena, no podríamos menos de reprobarlos altamente, como se reprueban los de cualquier criminal que echa mano á lo que no le pertenece; y aun juzgándolos por otros principios diferentes, forzoso es censurarlos con toda severidad. Pero los tronos no son como la propiedad privada: los dan y los quitan la guerra y la política, y á veces con gran ventaja de las naciones cuya suerte se juega tan arbitrariamente. Mas al usurpar su encargo á la Providencia es preciso guardarse de ser vencido y de hacerse odioso ó desgraciado al querer ser grande, frustrando los resultados que habían de servir de disculpa. Es preciso finalmente desconfiar de cualquier empresa poco digna, para la cual hayan de ser instrumentos forzosos la astucia y la mentira. Razonaba Napoleón sobre lo que iba á emprender del mismo modo que razona siempre la política ambiciosa. La nación española, tan altiva y generosa, era digna, tal era su pensamiento, de una suerte más noble que la de estar sometida á una corte incapaz y abyecta; merecía ser re-

(1) Al fin del tomo manifestaremos en una nota cómo hemos llegado á descubrir el secreto de todas las maquinaciones completamente ignoradas hasta hoy. (N. del A.)



generada, después de lo cual podía prestar inmensos servicios á la Francia y á sí misma, contribuir al aniquilamiento de la tiranía marítima de la Inglaterra y á la emancipación del comercio europeo, y ser llamada por fin al más grande y glorioso destino. Renunciar á tan envidiable suerte por un rey imbécil, una reina impúdica y un favorito despreciable, era más de lo que podía esperarse de una voluntad impetuosa, que, como el águila sobre su presa, se lanzaba hacia su objeto al punto que lo percibía desde las altas regiones en que campeaba. El resultado debía ser una prueba del peligro á que se expone el genio cuando intenta tomar una dirección tan superior á las fuerzas humanas, cuando quiere dispensarse del deber de respetar la vida y propiedad de los hombres, alegando por pretexto la grandeza del objeto á que conspira.

Cumplió Murat con toda exactitud las órdenes de Napoleón, que le habían sido transmitidas por el ministerio de la Guerra. Salió inmediatamente para Bayona, y llegó á esta ciudad el día 26, según se lo prescribían sus instrucciones. Fué su viaje tan repentino que no llevó ni estado mayor, ni caballos para su uso. Acompañábanle sólo los ayudantes que correspondían á un jefe de su graduación, mariscal, gran-duque y príncipe imperial á la vez. Enviólos en todas direcciones para saber la posición y colocación de los diversos cuerpos, ponerse en comunicación con ellos, y reasumir la dirección de todo. El misterio que Napoleón había observado en sus instrucciones ajaba su vanidad; pero comprendía tan bien su objeto, y éste le satisfacía tanto, que no quiso preguntar más, y se puso en disposición de cumplir fielmente la voluntad de su soberano.

Reinaba en Bayona la mayor confusión, porque no habiendo en este punto nada de los inmensos aprestos militares acumulados durante quince años de guerras en las fronteras del Rin ó de los Alpes, había sido menester crearlo todo de una vez. Además, las tropas que iban llegando, compuestas de reclutas recientemente organizados, carecían de lo preciso, y de la experiencia tan necesaria para suplirlo. Cocíase galleta, fabricábanse zapatos y sacos, buscábanse los medios de transporte que hacían falta, no habiendo sido posible proporcionarse las quinientas mulas cuya compra había mandado Napoleón, por no haber de estos utilísimos animales sino en el Poitou. El mismo metálico quedaba rezagado por falta de carros. La artillería de los diversos cuerpos se iba reuniendo á duras penas, y los pertrechos retrasados del ejército de Junot, que se cruzaban con los que llegaban de los ejércitos de España, aumentaban los entorpecimientos. A pesar de la claridad, de la precisión y de la energía con que Napoleón dictaba sus órdenes, ahora lo mismo que siempre, su cumplimiento se resentía de las distancias, de la precipitación y de la inexperiencia de los administradores, por hallarse los más capaces empleados en los demás puntos de Europa.

Murat, que era entendido, y que había sido educado por Napoleón para el mando con sus grandes ejemplos y sus continuas correcciones, se detuvo varios días en Bayona para poner cierto orden é informarse de lo que se había hecho ó quedaba retrasado, y ponerlo en conocimiento de Napoleón para que lo remediase. Después se dirigió á Vitoria. Pasó la frontera el día 10 de marzo, y llegó el mismo día á Tolosa. Si había algún

jefe que por su buena presencia, su continente marcial y sus maneras francas y enteramente meridionales conviniese á los españoles, era ciertamente Murat. Parecía formado para cautivarlos haciéndose respetar, y entre los príncipes franceses destinados á reinar hubiera sido incontestablemente el más á propósito para ocupar el trono de España. Más adelante veremos cuán grave error fué postergarle á otro. La población de las provincias Vascongadas le recibió con grandes demostraciones de alegría: aquellos honrados habitantes, los más hermosos, vivaces, denodados y laboriosos entre todos los que pueblan la Península, no participaban de las mismas pasiones que los demás españoles: ni tenían el mismo odio á los extranjeros, ni las mismas preocupaciones nacionales. Situados entre las llanuras de Gascuña y de Castilla, en una región montuosa, con su lengua particular, viviendo del comercio ilícito que hacían con la Francia y la España, y gozando de privilegios liberales que utilizaban para continuar ese comercio, privilegios que debían á la dificultad de domar su valor en aquellas montañas, constituían una especie de país neutral, una especie de Suiza situada entre Francia y España. Hallábanse por lo tanto poco adheridos á la dominación española, y no les hubiera pesado pertenecer á un vasto imperio que les permitiese dilatar su industriosa actividad. Recibieron á Murat con ruidosas aclamaciones, significando de mil diversos modos su deseo de pertenecer á la Francia. Las tropas francesas fueron perfectamente recibidas; observaron una perfecta disciplina, pagaron todo el consumo que hicieron, y fueron para aquellas provincias más beneficiosas que gravosas, porque sólo consumieron géneros del país.

No fué Murat menos bien recibido en Vitoria, capital de Álava, la tercera de las provincias Vascongadas, donde empieza á ser más pronunciado el espíritu español. Entró en ella el día 11 en el coche del obispo, que le salió al encuentro con todas las autoridades del país. Agolpábase la población á las puertas de las ciudades haciendo el más brillante recibimiento al general, ya príncipe, llamado á ser en breve rey. Los soldados franceses, aunque más numerosos en España de lo que reclamaba la guerra de Portugal, aún no habían dado el menor motivo de queja. Si alguna intención política se aplicaba á su entrada, era sólo contra la corte, tan aborrecida como despreciada. No había, pues, motivo ninguno para reprimir la curiosidad que inspiraban, ni las esperanzas que hacían concebir. Las autoridades, á quienes se había enviado de Madrid orden de disponerles víveres para precaver la menor queja, los habían reunido con no poca abundancia; y habiendo anunciado Murat que la Francia pagaría los consumos que hiciere el ejército, contestaron las autoridades con su peculiar altivez castellana, que los franceses serían recibidos como aliados y amigos, y que la hospitalidad española no se pagaba con dinero.

Todo, pues, salía bien al principio. Las ilusiones eran recíprocas. Mientras aquellos semiespañoles recibían tan halagüeños á nuestros soldados y á su ilustre caudillo, éste se imaginaba que todo en España era posible, que los franceses eran allí deseados, y que sería aceptado con júbilo un rey de su nación, sobre todo siendo él el rey. Penetrado de que el favorito inspiraba un rencor profundo y universal, reconoció en breve que era un

triste apoyo en España el de D. Manuel Godoy, y que para granjearse el afecto popular era preciso por el contrario dar á entender que se trataba de derribarle.

De Vitoria pasó Murat á Burgos, que debía ser el asiento de su cuartel general. Saliendo de Vitoria, al pasar el Ebro por Miranda, límite donde se hallaba á la sazón la aduana española, y donde continuaba no hace mucho tiempo, se deja atrás al país montañoso, variado, risueño y siempre verde de la Suiza del Pirineo, y se entra en la verdadera España. Pasado el Ebro, que en Miranda no es más que un ancho arroyo que corre entre guijas, se pasan los desfiladeros de Pancorbo, que son una especie de hendedura abierta en una hilera de peñascos que forman la última garra de los Pirineos, y se desemboca en Castilla. Allí empiezan las inmensas llanuras, los lejanos horizontes, los cuadros tristes y severos. En la vasta extensión de las Castillas el cielo se muestra sereno y abrasador en verano, nebuloso y glacial en invierno, y siempre desapacible. Las viviendas escasean, el cultivo es uniforme, y no ofrece á la vista, á no ser en la época que el grano crece y madura, más que dilatados campos cubiertos de rastrojo, en que pastan los ganados, dueños absolutos del suelo de España, que lo atraviesan dos veces al año, de Norte á Mediodía, y de Mediodía á Norte como aves pasajeras. A este aspecto de la naturaleza física se junta al penetrar en Castilla un aspecto también diverso de la naturaleza moral. El habitante, hermoso, sobre todo en el campo, pero menos vivaz y despierto que el montañés vascongado, alto, bien formado, grave, armado siempre con su escopeta ó su cuchillo, y dispuesto á emplearlo contra cualquiera y principalmente contra el extranjero, presenta exageradas todas las facciones buenas y malas del carácter español. Es á la vez más ignorante, más zahareño, más cruel y más arrojado que el que vive en la ciudad. Éste, con su instrucción á medias, semejante al turco mal civilizado, pierde con su ferocidad parte de su energía. En España el pueblo, que es el que con sus vicios y virtudes ha salvado la independencia nacional, ofrece una cualidad particular que le diferencia de los demás pueblos de Europa; hay en él, entre las más ardientes pasiones, una especie de espíritu público debido á su modo de vivir, y á su aglomeración en pueblos grandes, donde permanece todo el tiempo que no consagra á la tierra, á la cual dedica una mínima parte limitándose á una mera labor, á la sementera y á la siega, para no hacer nada después. Mientras al labriego francés, belga, inglés y lombardo, siempre ocupado en la tierra, en diversos y continuos cultivos, no le mueven ni la vecindad ni el descanso á mezclarse en cosa alguna que no sea su trabajo, vese al labriego español, envuelto en su capa y apoyado en su palo, juntarse con sus iguales en la plaza del lugar, y allí hablar del rey, de la reina, y de los sucesos de la época con una admirable curiosidad, ó bien ocuparse en juegos, bailes y canciones, concurrir á las corridas de toros, placer sanguinario del que no sabe privarse ninguna clase de aquella nación, sin mirar apenas al extranjero, ó bien mirándole con una altivez despreciadora fácil de cambiarse á la menor atención en un cordial abandono. Los españoles en aquella época estaban más dispuestos que nunca á ocuparse de los negocios públicos con ardor exagerado; porque arrinconados en una extremidad del continen-

te, hacía más de un siglo que no se habían mezclado formalmente en los asuntos de Europa. No habían bastado unos cuantos combates navales, algunas operaciones en Italia, y una guerra pasajera en los Pirineos en 1793, para agotar ni siquiera satisfacer sus enérgicas pasiones. Presenciaban con la impaciencia propia de un espectador pasivo los grandes acontecimientos del siglo, y no podían hallarse más dispuestos á tomar en todo una parte inmoderada.

Tal era el país, tal el pueblo en que nos hallábamos en marzo de 1808, después de pasado el Ebro. Fué Murat bien recibido igualmente en Burgos, capital de Castilla la Vieja, es decir, con curiosidad y esperanza. Sin embargo la gente baja, menos interesada que la clase media en los intentos de los franceses en España, parecía descubrir cierto disgusto de ver ocupada su tierra por extraños, por lo cual el contraste entre la petulante vivacidad de nuestros reclutas y la orgullosa gravedad del populacho español, no dejó de ocasionar algunos choques, y algunas navajadas, inmediatamente devueltas con sablazos. Mediaba en este primer encuentro de los dos pueblos una circunstancia enojosa; hubiera convenido presentar á aquellos altivos españoles, tan propensos en su ignorancia á despreciar todo lo extraño, algunos soldados del grande ejército, que les hubieran impuesto respeto con su marcial continente, sus cicatrices y sus canosos mostachos; nuestras legiones por el contrario, compuestas de bisoños de 1807 y 1808, que no habían visto nunca el fuego y que llevaban, como dejamos dicho, oficiales sacados de los depósitos ó de su retiro (pues retirados eran casi todos los oficiales de las cinco legiones de reserva), no contaban más que con el gran renombre de nuestros ejércitos para hacerse respetar. Como se los había sacado de los depósitos apresuradamente, sin completar su vestuario, ni su calzado, ni su armamento, ni siquiera tenían un equipo lucido que disimulase la excesiva juventud de sus semblantes. Ofrecían, pues, el doble inconveniente de no ser imponente su presencia, y de aparentar además una miseria hambrienta capaz de devorar el país invadido. Entre ellos había muchos enfermos, unos por haber sufrido fatigas á las que no estaban bastante apercibidos, otros por habérseles pegado la sarna de los mendigos españoles. Esta asquerosa dolencia se había apoderado de una quinta parte del ejército, y para preservar de ella á las tropas de la guardia imperial fué preciso hacerla dormir al raso. Creyendo los españoles que eran aquellos los soldados que habían sojuzgado á la Europa, juzgaban que no debería ser muy difícil alcanzar victorias cuando aquellas tropas las habían conseguido, ignorando todavía, como pudieron reconocer en breve por su desgracia y por la nuestra, que aun siendo tales nuestros soldados eran capaces de vencerlos á ellos, y á otros más fuertes que ellos, merced al espíritu que les animaba y á la pericia militar que superabundaba en todas las divisiones del ejército francés. Sólo los coraceros, con sus aventajadas tallas y las imponentes armaduras que disimulaban su edad temprana, y la incomparable tropa de la guardia, inspiraban al populacho de las ciudades de España el respeto que se le hubiera debido imponer desde el primer día. Pero en aquellos momentos todavía no se pensaba en la resistencia; de los franceses no se esperaban sino beneficios, y puede